

Salir del miedo, habitar la esperanza: retos y perspectivas

Comprender los diversos acontecimientos socioculturales contemporáneos exige, por parte de la comunidad académica, una revisión profunda de las categorías y elementos de análisis a través de los cuales se observa, interpreta y se actúa sobre la realidad. Si bien es posible argumentar que el arsenal teórico que poseen las ciencias sociales resulta acertado en muchos de los casos, no es menor reconocer que aún quedan ciertos terrenos sobre los que valdría la pena detenerse y replantear las ideas, concepciones, conceptos y análisis que de ellos tenemos. Uno de estos terrenos es, en efecto, el de las emociones y los afectos. Dicho campo, si bien ha estado presente en disciplinas como la Psicología, parece haber sido dejado de lado por las ciencias que se dedican al estudio de lo colectivo, aunque, en tiempos recientes, el interés por el mismo parece haberse incrementado drásticamente según se puede ver en diversas publicaciones, revistas e incluso trabajos de tesis dentro de las universidades.

El texto que aquí se presenta puede ser clasificado como un intento de plantear la necesidad de abordar fenómenos actuales a la luz de conceptos que no siempre han sido tomados en cuenta dentro de las investigaciones contemporáneas. Reflexionar sobre los dominios conceptuales de las disciplinas científicas supone, al mismo tiempo, pensar sobre las prácticas, puntos de vista y ángulos de lectura de cada una. Si, como planteaba Hugo Zemelman (2012), el lenguaje configura ciertas formas de aprehender el mundo y una posición particular del investigador, resulta pertinente adentrarse en dicho mundo y detectar las tensiones que marca cierto uso del lenguaje acompañado de diversos conceptos para, de este modo, abrir un abanico de nuevas potencialidades y significados que permitan a diversos investigadores plantear formas novedosas de abordar, comprender e interpretar el mundo social.

Cierto es que muchos de los conceptos utilizados dentro de las Ciencias Sociales suelen haber sido, primero, conceptos de uso común, algunos otros han sido reinterpretados desde otras disciplinas y otros tantos se han gestado en el seno mismo del trabajo científico-social. Es en ese mismo sentido que resulta relevante

indagar cómo es que se ha constituido una disciplina a partir del léxico y semántica que se presentan en ella, esto en el entendido previo de que son estos conceptos, ideas e imaginarios los que delimitan y configuran un posible campo de problemas, acción y teorización de las disciplinas. Sin embargo, tal y como lo muestra Reinhart Koselleck (2012) todos estos conceptos son susceptibles, también, al paso del tiempo; los conceptos, a lo largo de la historia, cambian, mutan, desaparecen, son introducidos o reinterpretados, la historia de estos conceptos es capaz de mostrar, aunque sea en un aspecto mínimo, la historia de las propias disciplinas científicas, sus intereses, la manera de concebir al mundo que tienen como objeto de investigación.

Para fines de este ensayo se propone recuperar dos conceptos que, podría decirse, resultan el reverso de cada uno. El *miedo* y la *esperanza* son dos palabras que pueden ser utilizadas comúnmente en cualquier conversación cotidiana, sin embargo, su presencia ha sido más bien poca en el terreno de la discusión académica. Asunto curioso si se asume —arriesgadamente— que la sociedad mexicana actual podría ser caracterizada como una sociedad del miedo ante el incremento constante de, por ejemplo, los índices de violencia, las desapariciones, los feminicidios o, en otras esferas, miedo a la recesión económica, a la pérdida del patrimonio, a la falta de oportunidades. El miedo parece haber absorbido la mayoría de las esferas sociales que habitamos y, sin embargo, en medio de todo aquello resulta que, todavía, puede encontrarse lo que podría denominarse *esperanza*; palabra que podría ser relacionada con la tradición teológica y con el concepto de la *fe* pero que, a día de hoy, puede ser pensada desde el ámbito antropológico, social y colectivo como una especie de chispa que, pese a todo, logra permanecer y configurar el horizonte de lo posible que, como diría Ernst Bloch (2017) —filósofo de la esperanza— todavía-no-acontece.

Ante dicho panorama y con el objetivo de recuperar, analizar y mirar la realidad desde los dos conceptos aquí planteados se propone una lectura en dos actos principales y un colofón que sirva como sugerencia para continuar con dicho abordaje y ejemplo de lo aquí tratado: el primer y segundo apartado de este texto

estarán dedicados a explicitar, de forma conceptual, a qué nos referimos cuando hablamos de miedo y esperanza desde el plano de lo social e histórico.

Desentrañando el miedo

Podría decirse que el *miedo*, como tal, ha sido un objeto de estudio, fundamentalmente de la Psicología. En efecto, casi siempre que se piensa en dicha palabra se le suele asociar con reacciones individuales ante ciertos peligros. Es fácil pensar que constituye una respuesta automática en condiciones de amenaza vital y de ahí mismo puede asegurarse que ha formado parte de la evolución humana desde sus inicios. Ya lo decía José Antonio Marina (2006): no hay especie más miedosa que la especie humana. Sin embargo, a pesar del rico campo que constituye el estudio del miedo como un factor biológico y psicológico, este apartado centrará su atención sobre la dimensión colectiva de éste, misma que hasta tiempos muy recientes se ha incorporado en la reflexión de las Ciencias Sociales, siendo la antropología y la sociología quienes han dedicado esfuerzos bastante importantes para su esclarecimiento.

Uno de los mayores estudios sobre el miedo colectivo (en clave histórica), puede ser rastreado en la gran obra del historiador francés Jean Delumeau titulada *El miedo en Occidente*. Dicho libro constituye una puerta de reflexión para conceptualizar al miedo como una especie de motor en la historia. Demostrando que no sólo los individuos, sino también las colectividades se encuentran en un permanente dialogo con el miedo, Delumeau argumenta que el desarrollo de la sociedad occidental se ha basado, de cierta forma, en el combate de esta experiencia. Fácil es pensar, por ejemplo, en las sociedades traumatizadas por la peste, las guerras, las disputas religiosas, la inseguridad y el miedo a lo extraño que llevaron, de una u otra forma, a la construcción de ciudades amuralladas.

No sería erróneo pensar que la historia de occidente se encuentra marcada por un intento constante de domesticar el miedo, de evitar la experiencia límite que nos enfrenta con la enfermedad o, en el peor de los casos, la muerte. La necesidad de seguridad se corresponde con este intento, los más grandes artilugios para

proteger a la humanidad encuentran sus raíces en una movilización afectiva que tiene su foco en la experiencia del miedo (Delumeau, 2019).

En ese mismo sentido resulta pertinente distinguir, como sugiere el historiador francés, entre dos clases de miedos: aquellos que pueden ser denominados como *naturales* y otros que podríamos nombrar como *culturales*. Los primeros —valga la obviedad— son miedos ante eventos que, de una u otra forma, escapan del control humano debido a su condición de fenómenos naturales: huracanes, tsunamis, terremotos e inundaciones, por poner un ejemplo. Del otro lado nos encontramos con los miedos culturales que, según Delumeau (2019) están relacionados, por ejemplo, con el miedo al otro, al extraño, siguen ahí y comienzan a tomar nuevas formas ya sea aquella del judío, el musulmán, la mujer e incluso el propio vecino.

Hoy en día parece ser que esos *miedos culturales* se encuentran en aumento. Piénsese, rápidamente, en las oleadas migratorias que han tenido lugar recientemente tanto en América como en Europa y ante las cuales, distintos gobiernos, parecen tomar medidas extremas en busca de alejar a esos extraños intrusos. Los construyen como delincuentes, mercenarios, narcotraficantes, terroristas, extranjeros que van en busca de robar empleos, comida, dinero, seguridad y paz. Quienes pensaban que las fronteras amuralladas se habían extinguido sólo necesita visitar la frontera norte de México para dar cuenta que, todavía hoy, el miedo moviliza algunos de los peores actos en el mundo.

Ahora bien, se ha visto ya que el miedo forma parte inevitable del ser humano. Ya sea que se mire desde su aspecto biológico o que se le entienda como una forma de lo colectivo, siempre se encuentra presente. En cierto sentido es posible decir que el miedo moviliza, genera acciones que, curiosamente, sirven para combatirlo, repelerlo, apaciguarlo o domarlo. Sin embargo, en este momento, es preciso ahondar sobre otra cara del miedo: aquella que lo pone del lado de los poderosos, quienes lo usan como un elemento de control. Ya el mismo Delumeau (2019) ofrece una serie de ejemplos que pueden ayudar a caracterizar estos usos del miedo: la iglesia, por ejemplo, se encargaba de difundir el temor entre los

pobladores y lo dirigía, principalmente, contra sus enemigos. El miedo, en ese sentido, permitía que el *statu quo*, encarnado por los poderosos, permaneciera intacto, lejos del bullicio público pues, en efecto, la movilización colectiva se dirigía hacia lo que el mismo historiador califica como *chivos expiatorios* (Delumeau, 2019, p. 78).

Inmerso dentro del inevitable curso temporal, el miedo ha experimentado cambios en sus contenidos. Hoy en día, a través de una serie de artilugios científicos y tecnológicos los miedos de antaño parecen haber sido colonizados. Sin embargo, el miedo —como una constante antropológica— no desaparece, sólo son los contenidos los que cambian. Hoy no se habla de peste, se habla de sida, el terrorismo no cesa de tocar a la puerta, la economía global amenaza constantemente con derrumbarse. En México la violencia no deja de resultar amenazante, las cifras de muertes, de feminicidios, de desapariciones no dejan de aumentar, el clima político actual se percibe lleno de incertidumbre. En este panorama es posible plantearse una serie de preguntas acerca de los límites y posibilidades que existen hoy para salir del miedo, para evitar ser paralizados o confundidos por su presencia, para intentar construir y habitar otros mundos posibles. Quizás una de las respuestas para ello se pueda encontrar en el reverso del miedo: la esperanza y sus utopías.

A contrapelo del miedo: esperanza y utopía

¿Es pertinente pensar desde la *esperanza* el mundo actual? La respuesta obvia es que sí, la pregunta fundamental es: ¿por qué? Entre la amplia gama de conceptos que se disponen para dar sentido y coherencia al mundo contemporáneo la *esperanza* es, quizás, uno de los últimos en aparecer como candidato a un estudio riguroso. Normalmente relacionada con dogmas religiosos, saltos de fe o, peor aún, con discursos de superación personal, la esperanza parece haber perdido el carácter afectivo que la determinaba para pasar a convertirse en un eslogan publicitario que algunas marcas y otros tantos políticos gozan utilizar como artilugio discursivo mientras hacen campaña — después será preciso olvidarla.

En este segundo apartado resulta preciso plantear otro ángulo de lectura, esta vez a través del concepto de esperanza como contracara del miedo. A primera vista resulta fácil pensar que el reverso del miedo es la “valentía” y el de la esperanza es la “desesperanza”, sin embargo, una lectura profunda y un análisis cuidadoso de ambos conceptos revelará que no es así. *Miedo* y *Esperanza* son dos conceptos con una carga temporal similar, aunque inversa; mientras que el miedo trata de postergar o anular el futuro que no se desea, la esperanza retiene la capacidad de afrontarlo y, sobre todo, la posibilidad de configurar un futuro alternativo a partir de acciones desde el presente. El miedo intenta controlar, aislar, prever y, cuando falla, encuentra su remedio en la huida o en la agresión. La esperanza, por su parte, *tiende* hacia el futuro con paso firme y se encuentra basada, tal y como lo dice Ernst Bloch (2014), en la conciencia de que, todavía, falta algo, de que el mundo está incompleto. La desesperanza resulta ser, en todo caso, el estado según el cual el horizonte de futuro queda totalmente clausurado; es el “no queda nada por hacer”, el ya no más. Así, se convierte en la negación del porvenir, en la clausura de un horizonte histórico posible (Marina y López, 2006)

Isidoro de Sevilla (2004) apuntaba en el libro VIII de sus *Etimologías* que “la palabra esperanza se llama así porque viene a ser como el pie para caminar, como si se dijera: es pie (spes)” (p. 284) y que la falta de ésta implicaba una especie de ausencia de pies y, por lo tanto, de la capacidad de andar. También se puede decir que la palabra esperanza deriva del verbo latino *sperare* (esperar). Y en efecto, en la vida cotidiana la palabra se suele relacionar, sobre todo, con acontecimientos que se esperan, que habitan en aquello que todavía-no-es.

La esperanza es, sobre todo, una manera de posicionarse frente al mundo (Bloch, 2017), aguardar lo inesperado. También es, sobre todo, una forma de sobrevivir incluso cuando las condiciones fácticas y materiales no resultan convincentes, por eso se suele decir que “la esperanza es lo último que muere”, en efecto, la esperanza es lo que se queda cuando todo lo demás se ha ido. Cuestión que Ernst Bloch plasmó en su obra capital *El principio esperanza*, texto controvertido

que se produce entre 1938 y 1947 pero que no será publicado sino hasta 1954 pasados los eventos del holocausto.

Bloch (2014), planteaba, en líneas generales, que la esperanza es uno de los fundamentos del ser humano; ante la catástrofe que supuso el ascenso nazi y el holocausto durante el periodo que Bloch escribía su obra, parecería ser que la única salida era esperar; esperar que otro mundo llegara porque, en efecto y como él mismo defendía, este mundo no puede ser real.

Pero si este mundo no puede ser real, resulta urgente pensar en otras formas de configurarlo, en otros mundos posibles y, presumiblemente, mejores. ¿Cómo hacer esto? En este punto es necesario abordar otro concepto, uno que resulta complementario a una indagación sobre la esperanza: la utopía. El pensar utópico resulta ser un elemento clave para la comprensión de la esperanza pues, a través de la construcción y proyección de utopías, es que el presente se insufla de acción esperanzada. La *función utópica* tal y como lo señaló Ernst Bloch (2014) se encuentra en el corazón mismo de la esperanza y permite a ésta dirigirse hacia el mundo por venir.

El concepto de utopía, como ya se sabe, fue acuñado por Tomás Moro en una novela homónima publicada en 1516. Quizás no sea necesario ahondar más en el contenido de la novela, pues puede que la mayoría estén familiarizados con ella: Utopía, una isla lejana, rozando la perfección. Un *lugar* que, situado contemporáneamente, habita en la imaginación de los escritores. Si bien la utopía concebida por Tomás Moro y otros resultaba tematizada en clave de *espacio*, resulta interesante explorar cómo es que el propio concepto de utopía ha devenido en el tiempo y, sobre todo, como ha dejado de nombrar espacios creados en la contemporaneidad para proyectarlos en un tiempo por venir; la utopía se temporaliza, tal y como lo ha dicho Reinhart Koselleck (2012).

La raíz de “utopía” se puede localizar en la conjunción de dos palabras, por un lado, *ou* que significa “no”, seguida de *topos* que significa “lugar”, lo que querría decir que utopía puede ser entendida como un “no-lugar” o “ningún lugar”. Ciertamente, algunas de las utopías más conocidas, como aquella fundadora de

Tomás Moro, *La nueva Atlántida* de Francis Bacon o *La ciudad del sol* de Campanella, remiten a lugares extraños, alejados, separados del mundo conocido por el mar o los cielos, no a un proyecto que debe instalarse en el futuro para provocar la acción en el presente. En efecto, las primeras ideas de la utopía se encuentran “especializadas”, habitan en la imaginación presente de quienes las escriben y quienes las leen.

Sin embargo, y según lo indica Reinhart Koselleck (2012) es en el siglo XVII que la palabra utopía se empieza a relacionar, cada vez más, a lugares o proyectos que dejan de ser contemporáneos para ser imaginadas como un estado ideal que la sociedad actual “debería de” alcanzar. En efecto, a partir del siglo XVII utopía deja de designar un no-lugar para proyectar un “todavía no”; parte de este proceso, señala Koselleck (2012), recae en el proceso de secularización propio de dicha época, así como en diferentes esbozos técnicos y prácticos que buscaban alcanzar lo que se podría denominar una sociedad ideal a partir de las condiciones actuales de la misma.

El propio concepto de utopía, entonces, se temporaliza y sirve como un articulador de los tres estratos temporales: pasado, presente y, sobre todo, futuro siendo este último el que recibe la mayor carga y, se podría decir, se presenta como novedad dentro de la conciencia temporal de la modernidad. La utopía que tiende hacia el mundo por venir puede ser entendida, desde el pensamiento de Bloch (2014), como un *sueño diurno*, esto es: como aquel sueño que, lejos de la oscuridad de la noche, se proyecta al alba del nuevo día y busca concretar, por diferentes vías, su propia ensoñación.

Desde entonces y hasta los tiempos presentes la utopía y sus derivados (como los utopistas) presentan una idea de ensoñación, de imaginación, de pasión por lo que “todavía no es” pero que se mantiene como un permanente posible. Ciertamente que algunos de los modelos sociológicos, políticos y económicos más relevantes de la historia presentan, en sí mismos, una caracterización utópica, en ese sentido, y a manera de ejemplo, valga destacar el trabajo realizado por Karl Marx y la idea permanente de una superación de la lucha de clases para arribar, en efecto, a una

sociedad última, superación de todos los estadios anteriores y, en un sentido amplio, finalización de la historia en tanto lucha de clases.

Llegados a este punto convendría no sólo destacar las virtudes del pensamiento utópico, sino sus tensiones e incluso contradicciones. La primera de ellas es, quizá, la más destacable: la utopía misma consiste, en cierto sentido, en la delimitación de un camino y un solo futuro, negando así el carácter abierto e indeterminado del mismo que resulta ser fundamental en su comprensión tanto en clave filosófica, política y sociológica. Por eso mismo se puede entender, por ejemplo, que la historia no sólo tenga una finalidad, sino un fin.

Por eso, el propio Ernst Bloch (2017), es capaz de preguntarse sobre la condición de las utopías en el mundo. No se puede negar el estado de crisis que las diversas utopías del mundo presentan, los lugares que tanto se imaginaron, los escenarios perfectos parecen hoy, clausurados, extintos, imposibles. Sin embargo, no resulta difícil creer que, todavía, la esperanza persiste. Pese a las constantes crisis tanto en la mayoría de las esferas sociales, políticas, económicas, educativas y demás, parece seguir existiendo un mínimo de marcha para proyectarse hacia adelante. En ese sentido, como último apartado, quizás sea conveniente aventurar una serie de ejemplos, ideas y proposiciones que permitan, aún más, habitar la esperanza en pleno siglo XXI.

¿Qué viene? Pequeña apología de la esperanza política

El panorama actual mexicano se encuentra revestida de una serie de profundas incertidumbres. A nivel narrativo-cotidiano estas pueden ser expresadas, por ejemplo, en término de crisis: crisis laboral, económica, educativa, de valores, de violencia, migratoria y un largo etcétera. El presente se encuentra rebasado por ese elemento siempre humano que es el miedo. Un miedo que presupone que lo que viene siempre (o casi siempre) será peor de lo que está. La idea, más o menos generalizada, dicta que la sociedad de hoy en día se encuentra en un serio declive.

¿Cómo hacer para afrontar esta configuración histórica que habitamos hoy en día? En el presente trabajo se intentó proponer la recuperación de la esperanza

y la utopía como dos elementos claves para salir al paso del miedo. Sin embargo, más allá del trabajo conceptual queda preguntarse: ¿en qué momentos y lugares se encarnan la esperanza y la utopía? Una de las esferas más cruciales en las que se debería encarnar es, precisamente, la esfera política. Dicha elección no resulta azarosa pues, tal y como apunta Daniel Innerarity (2009) la política es, ante todo, un arte de la gestión del tiempo y, si se sigue asumiendo el carácter temporal del miedo, pero, sobre todo, de la esperanza, resulta que la ecuación no parece tan descabellada. Desde la política, no entendida como la burocracia gubernamental, sino como la capacidad de incidir en el curso de los acontecimientos presentes (Rancière, 2017).

La esperanza, entonces, se instala en la política. Y, como se puede advertir, cuando se habla de política no se hace referencia única y exclusivamente ni a las cámaras de gobierno, ni a la presidencia de la nación, mucho menos a las campañas políticas. Bien a bien, el impulso de cambiar radicalmente —de raíz— el estado actual de las cosas parece venir desde otros puntos. Genéricamente podríamos denominar que viene desde la calle, desde las acciones de diversos colectivos que, sin jugar de lleno en la parafernalia burocrática, reflexionan, inciden, se aventuran, luchan por sus derechos. También la encontramos, de manera más poética, en el arte, en las pláticas de pasillo, en el dicho de los jóvenes de intentar ser, quizás, una generación algo mejor que las anteriores.

Lejos de plantearse únicamente como un elemento abstracto del ser humano, la esperanza debiera de ser entendida como un motor fundamental y, sobre todo, condición de cambio, de avance. La capacidad de proyectar y configurar horizontes históricos nuevos es una lección que, desde hace tiempo, ha sido brindada por los movimientos y luchas sociales. Hoy, pese a que todo parece jugar en contra, todavía se pueden localizar lugares, personas, tiempos y espacios que abren las ansias de futuro y ayudan, poco a poco, a configurar el horizonte de un mundo mejor por venir.

Ante esto, parece pertinente ir cerrando la reflexión aquí vertida retomando una gran advertencia de Immanuel Wallerstein (2003):

No presenciaremos un simple debate político que vuelva a lo anterior, una discusión amistosa entre angelitos. Será una lucha de vida o muerte, pues estamos hablando de sentar las bases para el sistema histórico de los siguientes quinientos años, y estamos debatiendo si sólo deseamos un tipo más de sistema histórico en el que prevalezca el privilegio y se minimicen la democracia e igualdad, o si deseamos avanzar en dirección opuesta, por primera vez en la historia conocida de la humanidad (p. 53)

Poco o nada más que agregar. Quizás esa “lucha a vida o muerte” de la que habla Wallerstein ya haya comenzado en diferentes latitudes del globo, en México puede que se esté haciendo presente ahora mismo en el panorama político actual. Y, en efecto, si se trata de una lucha por la vida es evidente que el miedo surja, que aparezca donde menos se le espera, que se inmiscuya en diferentes discursos políticos y cotidianos, que aparezca a la sombra del mundo que fue. Sin embargo, la lucha merece, hoy y siempre, un último empujón de esperanza, un último sueño que configure un horizonte histórico deseable y posible.

Referencias

- Bloch, E. (2014). *El principio esperanza. Tomo 1*. Madrid: Trotta.
- Bloch, E. (2017). *¿Despedida de la utopía?* Madrid: Antonio Machado.
- Delumeau, J. (2019). *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus.
- Innerarity, D. (2009). *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
- Marina, J. A. (2006). *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*. Barcelona: Anagrama.
- Marina, J. A. y López, M. (2006). *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama.
- Rancière, J. (2017). *Historia y relato*. Viña del Mar: Catálogo.
- de Sevilla, I. (2004). *Etimologías*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Wallerstein, I. (2003). *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México: Siglo XXI/UNAM.
- Zemelman, H. (2012). *Pensar y poder. Razonar y gramática del pensar histórico*. México: Siglo XX/Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.